

El petróleo como arma

Pero ¿Contra

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

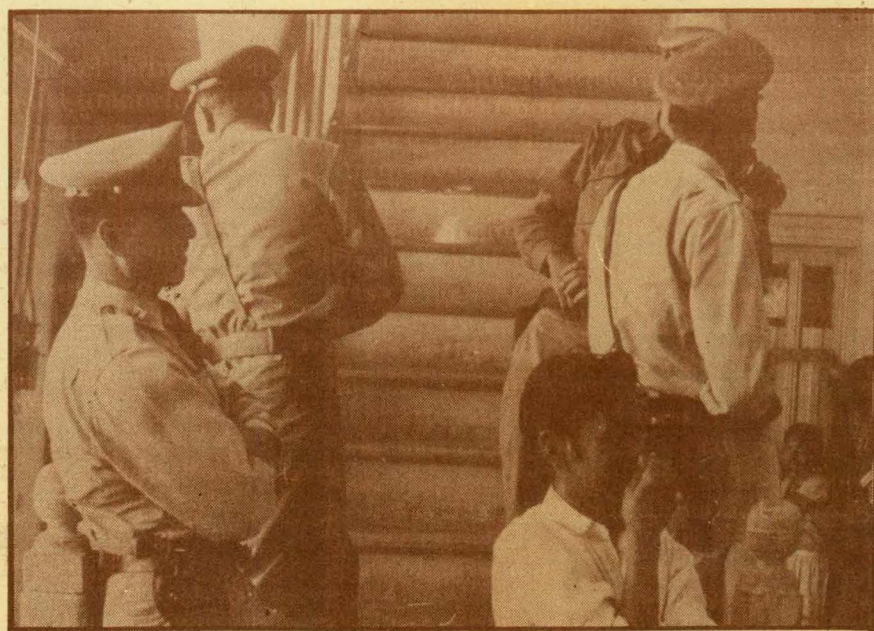
19 de Agosto 80

Detenido y vejado durante algunas horas en la frontera entre Guatemala y El Salvador don Julio Seherer García tuvo la gran fortuna de vivir para contarlos. Llevado por su deber periodístico, el gran reportero que ahora es director general de **Proceso** intentó buscar en El Salvador al mítico caudillo que encabeza la guerra contra la junta militar asesina y, habiéndose frustrado el encuentro previamente concertado, se internó en territorio guatemalteco. Allí, una pandilla de rufianes en uniforme lo apresó por sospechoso de subversión y luego de retenerlo, amagarlo, inferirle la degradación propia de quien sabe que su destino le pertenece menos que nunca, sabedor de que está a merced hasta del accidente que jale el gatillo mientras el oficial vesánico juega con el revólver frente a la cara del periodista, éste fue liberado.

A pesar del desenlace afortunado por el cual nos felicitamos, hubiera sido lógico otro, el del crimen que cotidianamente practican las dictaduras de uno y otro lado de la frontera donde ocurrió la detención de Scherer García. Otros periodistas como él han sido asesinados a mansalva. Muchos otros ciudadanos, campesinos los más de ellos como corresponde a la estructura social de esas naciones, han caído también, en la guerra de guerrillas, asesinados cruelmente con toda sangre fría, ejecutados por comandos terroristas o por fuerzas armadas oficiales. La muerte violenta, esa realidad cotidiana de la que ninguna sociedad puede escapar, en Guatemala y El Salvador, como ocurre también en Bolivia y en la Argentina (el largo brazo de cuya fascista policía es capaz de asesinar a una anciana madre de desaparecidos aun en Madrid) se ha convertido en una de las funciones del Estado. Allí, en vez de procurar el bien común, como quiso una tesis antiquísima, el Estado se ocupa de lo contrario, de gestionar el mal de todos, so capa de defender intereses cada vez más claramente son los de una minoría, con frecuencia rapaz y escondidiza.

Pues bien, los gobiernos, de El Salvador y Guatemala, crecientemente repudiados, cada vez más definidamente paradigmáticos del nuevo tipo de feroz tiranía que es necesario para aplastar el estallido de la cólera popular, van a ser apuntalados con el petróleo producido y exportado por México y Venezuela, dos repúblicas todavía alejadas de la barbarie que aquellos regímenes practican todos los días.

La causa que origina aquel despropósito no puede ser, paradójicamente, más digna de aplauso. En septiembre pasado, el presidente López Portillo presentó ante la asamblea general de la ONU un plan mundial de energéticos, fundado en una tesis esencial: el petróleo es, responsabilidad común de la humanidad, es decir, a su correcta utilización deben concurrir tanto productores como consumidores. Pero



Soldados del ejército guatemalteco en represión contra el pueblo

entre estos últimos los hay por los menos de dos clases, expresión neta del modo en que se ha dividido el mundo. Por una parte, están los países industriales, varios de ellos productores también de crudo, que han podido sortear la crisis energética, y hasta obtener provecho de ella, mediante la aplicación de un simple mecanismo: han incrementado los precios de los artículos manufacturados y los bienes de capital que venden a los países exportadores de petróleo y de ese modo pueden afrontar los mayores precios fijados por éstos. Pero, del otro lado están los que han sufrido por partida doble: sin industria y sin petróleo, todo deben pagarlo más caro. Sufren así un proceso de deterioro que no sólo amenaza llevarlos a la ruina sino inclusive hacerlos desaparecer, en algunos casos extremos, como proyecto nacional que resulta inviable.

La negociación para que el plan sea adoptado como un proyecto concreto no ha sido afortunada. El hecho de que se haya topado con el fracaso una gestión a cuya cabeza está un diplomático y jurista tan talentoso y eficaz como el canciller Jorge Castañeda y en la que participan los embajadores Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez, a quienes corresponden adjetivos semejantes muestra lo arduo de la tarea, por la trama de intereses que se oponen a la racionalidad del uso del petróleo, sin perjuicio de reconocer que no siendo la posición mexicana originada en un frente común con el resto de los exportadores de crudo éstos le han tenido ojeriza desde el principio y poco han querido hacer para flexibilizar sus posturas.